Las fuerzas políticas en la Segunda República

Introducción

Juan Avilés Farré

Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/630>

DOI: 10.4000/bhce.630

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 junio 2017

Paginación: 5-9

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Juan Avilés Farré, « Las fuerzas políticas en la Segunda República », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 51 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 23 septiembre 2020.

URL : <http://journals.openedition.org/bhce/630> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/bhce.630>

Las fuerzas políticas en la Segunda República Introducción

Juan AVILÉS FARRÉ (coord.)

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

La experiencia democrática de la Segunda República española se desarrolló en un lapso temporal muy breve. Poco más de cinco años después de su proclamación, un alzamiento militar puso fin a su existencia en la mitad del territorio español, mientras que en la otra mitad la movilización armada de las milicias de izquierdas ponía fin de hecho al normal funcionamiento de las instituciones diseñadas por la Constitución de 1931. Era el inicio de una cruenta guerra civil y de una dictadura que se prolongaría durante cuarenta años, durante los cuales los vencidos quedaron plenamente excluidos del sistema político y la democracia republicana quedó anatemizada en la memoria oficial. La transición democrática iniciada en 1977 no dio lugar a que surgiera una movilización en favor del restablecimiento de las instituciones republicanas y la nueva monarquía se asentó con el consenso de todas las fuerzas políticas, de derecha e izquierda, que los ciudadanos habían apoyado mayoritariamente en las urnas

La República era ya historia, pero las heridas del pasado no se habían cerrado. Una encuesta del año 2000 reveló que la gran mayoría de los españoles se sentían orgullosos de la transición democrática, en torno al 90 % en el caso de los votantes tanto del Partido Popular como del Partido Socialista, pero que casi la mitad de ellos opinaba que las divisiones y rencores de la guerra civil no se habían olvidado, un porcentaje que se elevaba al 54 % entre los votantes socialistas y al 60% entre los de Izquierda Unida¹. Esa encuesta se hizo en tiempos de relativo consenso político, prosperidad económica y optimismo colectivo, tres rasgos de la sociedad española de entonces que entrarían sucesivamente en crisis durante los años siguientes. La visión de los españoles acerca de su pasado se ha transformado por las polémicas en torno a la memoria histórica, que han ido acompañadas de una crítica hacia los consensos de la transición². Las banderas republicanas son hoy de rigor en cualquier manifestación de izquierdas y la imagen de la República de 1931 tiende a idealizarse en ciertos sectores, en los que por el contrario crece la crítica hacia los

1 Juan AVILÉS, «Veinticinco años después: la memoria de la transición», en *Historia del Presente*, Madrid, nº 1, 2002.

2 La bibliografía sobre este debate es amplia. Véanse, entre otros, los puntos de vista contrapuestos de Gabriele RANZATO, *El pasado de bronce: la herencia de la Guerra Civil en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2007; José Antonio MARTÍN PALLÍN y Rafael ESCUDERO ALDAY, *Derecho y memoria histórica*, Madrid, Trotta, 2008; FRANCISCO ERICE, *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, Eikasía, 2009; Santos JULIÀ, *Hoy no es ayer: ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA, 2009. Ricard VINYES, *Asalto a la memoria: impunidades y reconciliaciones, símbolos y éticas*, Barcelona, Lince, 2011.

compromisos de la transición democrática. Por su parte, los conservadores que cultivan la «otra» memoria histórica destacan el lado oscuro de la experiencia republicana, sobre todo en los años de la guerra civil, pero también en los que la precedieron³. Una encuesta de 2011 mostró que casi la mitad de los españoles consideraba que, en principio y en términos generales, la monarquía era preferible a la república, pero un 39% opinaba lo contrario, con los electores del PSOE divididos al respecto en dos mitades casi idénticas. Respecto a la experiencia de la Segunda República, un 45% la consideraba positiva, pero con una diferencia sustancial entre los electores del PSOE, un 58% de los cuales la valoraba positivamente, y los del PP, entre los cuales sólo un 26% lo hacía. Por otra parte, y ello me parece muy significativo, un 57% de los electores del PSOE y un 48% de los del PP estaban de acuerdo en que la radicalización de sectores extremistas, tanto de derecha como de izquierda, había hecho que la República no llegara a consolidarse⁴.

Existe pues una politización del tema, a la que no son ajenos los propios historiadores profesionales, pero al mismo tiempo la investigación ha seguido avanzando y el período de 1930 a 1936 es hoy uno de los mejor estudiados de toda la historia española. Se da la paradoja, no demasiado insólita, de que los historiadores conocemos cada vez mejor los fenómenos ocurridos en aquellos años, pero no nos ponemos de acuerdo al interpretarlos. En este dossier no se ha tratado de disimular esa realidad, ni tampoco se ha tratado de primar una interpretación sobre otra. Todos los colaboradores del mismo tienen en común el haber realizado contribuciones relevantes en la investigación de los temas que abordan, pero cada uno ha escrito con entera libertad desde su propia perspectiva interpretativa..

El ensayo de Juan Avilés sostiene la tesis de que la radical ruptura que cuando la República iniciaba apenas su trayectoria se produjo entre los dos grandes sectores del republicanismo español, el sector encabezado por Azaña (que el autor ha estudiado en trabajos anteriores⁵) y el que seguía a Lerroux (objeto de un excelente estudio de Nigel Townson⁶), representó un obstáculo importante para su consolidación. El problema no estuvo en que el republicanismo se escindiera entre una corriente progresista y otra conservadora, cuya alternancia en el gobierno habría sido una muestra de normalidad democrática, sino que una y otra, incapaces de obtener una mayoría parlamentaria propia, se vieron impelidas a depender de unos aliados, el PSOE y la CEDA respectivamente, cuya lealtad a la Constitución de 1931 y a los principios democráticos que la inspiraban fue siempre discutible. Azaña no tomó en consideración las implicaciones de la orientación revolucionaria que el PSOE adoptó a partir de 1933 y fue desautorizado en las urnas en las elecciones de aquel año, en la que los socialistas se negaron a coaligarse con sus hasta entonces aliados republicanos. La respuesta de las izquierdas al triunfo conservador de 1933 fue negar legitimidad a las Cortes nacidas en las elecciones parlamentarias más limpias que nunca se hubieran celebrado en España. Lerroux, que en aquellos años cruciales demostró una completa incapacidad para el liderazgo político, se vio por su parte arrastrado a realizar crecientes concesiones a sus aliados «accidentalistas» de la derecha, lo que condujo a que su partido perdiera todo significado propio y fuera barrido en las elecciones de 1936. La victoria en éstas del Frente Popular llevó a un gobierno minoritario de la izquierda republicana, dependiente del apoyo externo de un Partido Socialista, cuya ala caballerista

³ Véanse, por ejemplo, las ponencias recopiladas en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA y Luis TOGORES, eds., *La otra memoria*, Madrid, Actas, 2011.

⁴ «El 14 de abril, 80 años después», *El País*, 14-4-2011.

⁵ Juan AVILÉS, *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Comunidad de Madrid, 2006.

⁶ Nigel TOWNSON, *La República que no pudo ser*, Madrid, Taurus, 2002.

no ocultaba su orientación revolucionaria, y aunque el golpe militar de julio de 1936 hizo imposible saber qué posibilidades tenía aquella situación política, cabe dudar de que se pudiera haber evitado una ruptura de éste.

El ensayo de José Manuel Macarro Vera es una franca muestra de la insatisfacción de un sector de nuestra profesión ante la actitud de la que él califica de “historiografía políticamente correcta, incomprensiblemente denominada progresista”, aquella que prefiere mantener en un discreto segundo plano todos aquellos hechos que pudieran poner en cuestión la consoladora visión de que la democracia republicana pereció exclusivamente por obra de las derechas reaccionarias, mientras que las izquierdas en general, y el PSOE en particular, se habrían mantenido siempre leales a ella. Autor de sólidos estudios sobre el socialismo español en los años treinta, especialmente en el ámbito andaluz, Macarro condensa en este ensayo los resultados de años de investigación⁷. Su tesis, expuesta con vigor, es que las organizaciones socialistas, en plural porque el partido no controlaba al sindicato ni a las juventudes, concibieron a la República como un instrumento para avanzar a un régimen socialista y condicionaron su lealtad hacia ella a que les resultara útil a ese fin. Cuando en 1933 se vieron fuera del gobierno y el electorado les dejó en minoría, esa lealtad desapareció. Sin embargo, como percibió con gran lucidez Julián Besteiro, la propia estructura plenamente democrática de las organizaciones socialistas las hacía apropiadas para la acción política y sindical pacífica, pero muy poco funcionales para la acción armada revolucionaria, para la que en cambio estaban diseñadas las organizaciones comunistas. De ahí la extraña política socialista de 1934, que Macarro califica de esquizofrénica. Tras el fracaso de la insurrección de octubre, sin embargo, Prieto recapacitó y volvió a propugnar el entendimiento con los republicanos, mientras que Caballero mantuvo la opción revolucionaria. La primera línea triunfó en el PSOE y la segunda en la UGT, abriendo una profunda quiebra en el socialismo en vísperas de la guerra civil, que debilitó a la República en un momento crucial.

El ala derecha de la coalición que fundó la República estaba integrada por dos políticos de procedencia monárquica, Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, que trataron de proporcionar un contrapeso conservador al nuevo régimen, mediante un nuevo partido, Derecha Liberal Republicana, que acabaría por escindirse en dos formaciones encabezadas respectivamente por uno y otro líder. Luis Íñigo Fernández, el mejor estudioso de esta corriente política, en la que también se englobaba el Partido Republicano Liberal Demócrata de Melquiades Álvarez⁸, ofrece en su ensayo un análisis del rotundo fracaso electoral de estos partidos, que les condenó a la irrelevancia. En parte ello se puede atribuir a su propia ideología centrista, a su decidida apuesta por la democracia liberal, el liberalismo económico y un laicismo no anticlerical, que les hacía poco atractivos en un momento de movilización contrapuesta de la ciudadanía. Y a ello se sumaba su carácter de partidos de cuadros, más propios del régimen elitista de la Restauración que de los requerimientos de la política de masas en una democracia.

La derecha católica se articuló en la Segunda República en una poderosa fuerza política, la CEDA, que se proclamó accidentalista respecto a las formas de gobierno y cuyos objetivos políticos reales han sido objeto de polémica desde entonces. Manuel Álvarez

⁷ Entre sus estudios sobre el tema cabe destacar, José Manuel MACARRO VERA, *Socialismo, República y revolución en Andalucía, 1931-1936*, Universidad de Sevilla, 2000.

⁸ LUIS ÍNIGO FERNÁNDEZ, *La derecha liberal en la Segunda República española*, Madrid, UNED, 2000, y *Melquiades Álvarez: un liberal en la Segunda República española*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2000.

Tardío, autor de un reciente e importante ensayo en el que ha replanteado la cuestión de la actitud de la CEDA ante la democracia republicana⁹, profundiza aquí en un aspecto del tema: su estrategia electoral en 1936. Su tesis es que, en contra de lo que a menudo se ha sostenido, la CEDA no intentó una alianza con la derecha monárquica en clave antirrepublicana, porque de hecho los planteamientos de Gil Robles seguían estando lejos de los de un monárquico autoritario como Calvo Sotelo. La CEDA buscaba una amplia coalición contrarrevolucionaria, con participación del centro-derecha republicano, y no se avino a una coalición nacional con los monárquicos como la de 1933. La diferencia entre los posibilistas de la Ceda y los monárquicos autoritarios, concluye Álvarez Tardío, no era sólo una cuestión de táctica, sino de fondo.

Entre las diversas fuerzas de la derecha más radical, que no pretendían acabar sólo con la Segunda República sino con el Estado liberal, merece destacarse el caso de quienes se inspiraron en las corrientes fascistas entonces en boga en Europa y pretendieron crear «un partido para acabar con los partidos», en palabras de Julio Gil Pecharromán. En su ensayo, que analiza los diversos intentos de fundar un fascismo español a partir de los años veinte, Gil Pecharromán, estudioso de la derecha española en los años de la República y autor de una notable biografía de José Antonio Primo de Rivera¹⁰, destaca la futilidad de tales esfuerzos hasta la fundación de Falange Española en el otoño de 1933, en un clima de aguda confrontación política y social que favorecía a su línea extremista. Durante el segundo bienio republicano, en el que las tesis accidentalistas de la CEDA parecían triunfar, Falange no logró despegar y su creciente negativa a identificarse con las derechas tradicionales le condujo al aislamiento y al rotundo fracaso electoral de febrero de 1936. Fue el clima de enfrentamiento de aquella primavera el que llevó a que la estrategia violenta que preconizaba Falange resultara por primera vez atractiva para un sector significativo de la ciudadanía.

El Partido Comunista de España, inicialmente hostil a la «República burguesa» y a la Conjunción republicano-socialista que la había fundado, efectuó luego un giro político, sobre todo a partir del VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935, que le llevó a integrarse en el Frente Popular en función de una nueva estrategia antifascista. Ello fue acompañado de un significativo crecimiento del partido, que en 1931 ocupaba una posición marginal en el sistema político y que a comienzos de 1936 era ya una fuerza significativa. Fernando Hernández Sánchez, autor de un libro importante sobre el PCE en la guerra civil, retoma en su ensayo el análisis de esa radical transformación del partido en los años de la República, ya esbozado en los primeros capítulos de ese libro¹¹. Para ello utiliza una fuente interesante: los mensajes intercambiados entre la Internacional y el PCE, interceptados por los servicios de inteligencia británicos, cuyo cotejo con algunos documentos localizados por Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo en los archivos rusos demuestra que son genuinos¹².

En contraste con la gradual acomodación del Partido Comunista al marco institucional republicano, anarquistas y anarcosindicalistas no sólo mantuvieron su radical oposición al

9 Manuel ÁLVAREZ TARDÍO, «La CEDA y la democracia republicana», en Fernando del REY, ed., *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011.

10 JULIO GIL PECHARROMÁN, *José Antonio Primo de Rivera: retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.

11 FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, *Guerra o revolución: el Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010.

12 ANTONIO ELORZA y MARTA BIZCARRONDO, *Queridos camaradas: la Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999.

Estado republicano, a pesar de las libertades que este les ofrecía, sino que en el curso de los años 1932 y 1933 lanzaron tres insurrecciones, mientras que no habían promovido ninguna en los años de la dictadura. Esta paradoja es estudiada por Ángel Herrerín, autor de varios trabajos sobre la violencia anarquista en los años de la monarquía¹³, en un ensayo basado en la documentación interna de la CNT que se conserva en el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. Su interpretación de lo ocurrido destaca, por una parte, el estímulo que para el sector anarquista más favorable a la acción violenta supusieron tanto la inoperancia de las medidas de reforma social impulsadas por el gobierno republicano como los excesos represivos que se produjeron, y por otra, la falta de apoyo popular a esas intentonas insurreccionales, que las condenó al fracaso.

El sistema español de partidos presentaba determinados matices a nivel local, pero sobre todo adquiría caracteres diferenciados en Cataluña y Vasconia, motivo por el cual este dossier quedaría incompleto sin dos ensayos sobre los casos de uno y otro territorio. Jordi Casassas, autor de relevantes estudios sobre la historia del nacionalismo catalán¹⁴, aborda en su ensayo el complejo panorama de las fuerzas políticas en la Cataluña republicana de los años treinta, en la que la hegemonía del catalanismo en su conjunto se combinaba con un marcado pluripartidismo. A través de sucesivas escisiones y reagrupaciones se mantuvo el predominio de dos fuerzas catalanistas: la Esquerra Republicana de Catalunya en el campo progresista y la Lliga Catalana en el conservador. Y tanto desde las instituciones como desde diversas organizaciones de la sociedad civil, avanzaba el proceso de creación de una identidad nacional catalana.

El conjunto formado por las provincias vascas y Navarra, que José Luis de la Granja denomina en su ensayo Vasconia, presentaba un sistema de partidos propio respecto al del resto de España, aunque caracterizado también por un pluralismo polarizado. De los tres principales componentes del sistema vasco-navarro de partidos sólo uno, el socialismo, representaba una fuerza importante en el resto de España, mientras que otro, el tradicionalismo, tenía muy poca implantación en otras provincias, y el tercero, el nacionalismo, era específicamente vasco. Autor de importantes obras sobre el Euskadi en los años treinta¹⁵, Granja adopta un enfoque politológico para analizar un sistema de partidos cruzado por cuatro líneas de ruptura, relacionadas respectivamente con la forma de Estado, la cuestión regional o nacional, el problema religioso y la cuestión social. Destaca también lo singular que el desplazamiento hacia el centro del Partido Nacionalista Vasco, en un período en el que, en el conjunto de España, eran las fuerzas de centro las que se hundían.

La variedad de enfoques e interpretaciones propuestos por los colaboradores de este dossier vienen por tanto a subrayar una realidad incontrovertible: la investigación sobre la Segunda República ha avanzado mucho en los últimos veinte años, tal como se explica también en el ensayo bibliográfico final, pero ello no ha conducido a un consenso general sobre la interpretación del período, sobre la que se mantiene un vivo debate.

13 Ángel HERRERÍN, *Anarquía, dinamita y revolución social, violencia y represión en la España de entre dos siglos, 1868-1909*, Madrid, La Catarata, 2011.

14 Véase en francés Jordi CASASSAS et Carles SANTACANA, *Histoire du nationalisme catalan*, Paris, Ellipses, 2002.

15 José Luis de la GRANJA, *Nacionalismo y Segunda República en el País Vasco*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1986 (reedición 2008); y *El oasis vasco: el nacimiento de Euskadi en la República y la Guerra Civil*, Madrid, Tecnos, 2007.